


**José Miguel Cuesta Puertes**  
**José Rubio Sánchez**

# Sol de Misterio

FECHA DE APARICIÓN: septiembre 2008

EJEMPLAR GRATUITO,  
PROHIBIDA SU VENTA

---

 es un sello editorial de Equipo Sirius

© 2008 EQUIPO SIRIUS  
© 2008 José Miguel Cuesta Puertes / José Rubio Sánchez

Equipo Sirius, S.A.  
Antequera, 2. 28041 Madrid  
Correo-e: [info@equiposirius.com](mailto:info@equiposirius.com)  
[www.equiposirius.com](http://www.equiposirius.com)

*Así en la Vida de San Basilio del Pseudo-Anfiloquio aparece un San Mercurio que baja del cielo para matar a Juliano, que había comprado el imperio al demonio valiéndose de la magia negra y de sanguinarios sacrificios.*

**José García Blanco**

*Discursos de Juliano, Tomo I, Introducción*

*Frigia, 363 d.C.*

El momento es un remanso de tranquilidad en medio de la batalla. El río de sangre ha calmado sus agitadas aguas y sólo queda un lago de muerte donde bañan sus picos curvos los sedientos buitres.

Sentado sobre una roca, Flavio Claudio Juliano, el emperador de una Roma que apenas es un pobre recuerdo del imperio que dominó el mundo, lame sus viejas y nuevas heridas; las cicatrices causadas en la lucha por los golpes y las armas de sus enemigos, y las que se han infligido en su alma. Cada vez con más frecuencia, en las turbulentas noches de Frigia, sus sueños se pueblan con espantosas pesadillas, y de nuevo las sombras de sus actos pasados surgen con virulencia. Son espectros insaciables que anhelan devorar su ya debilitada cordura y su corazón roto. Su mente vaga por senderos tortuosos, donde le acechan remordimientos que no dejan de atormentarle.

No muy lejos, las velas de sus barcos arden y reflejan en las calmadas aguas del Tigris mil destellos rojizos, como si el sol del atardecer iluminase mil monedas de oro, como si una mano ominosa hubiera desgranado las estrellas de la noche. Juliano contempla su poderosa flota convertida en cenizas. Mira las llamas, y el fuego parece saltar y fundirse con sus ojos verdes. Ante él, las piras de humo negro se alzan hacia el cielo, como si la fragua de Vulcano hubiese despertado de un largo sopor, consumiendo el mundo.

Entonces la ve, y su cuerpo se estremece casi tanto como su alma.

Parece una mujer, volátil, efímera, acariciada por un viento inexistente. Sus pasos la llevan por encima de la tierra, de la sangre y los cadáveres, acercándose cada vez más al aturdido y temeroso emperador. Juliano contiene la respiración, sus labios resecos, cortados por el calor del día, el frío de la noche y la sed, apenas articulan una sola palabra, una palabra que no es sino un silencio y un lamento surgido de su alma. Un nombre reverbera en las laderas escarpadas de su corazón: Pyrene.



# PRÓLOGO

---

*Hubo en esta ciudad [Alejandría] dos bibliotecas de valor incalculable, y según los testimonios verídicos de antiguos datos, unos setecientos mil volúmenes que habían sido depositados allí, gracias al enorme esfuerzo de los reyes Ptolemaicos, ardieron en la guerra Alejandrina, cuando la ciudad fue saqueada en tiempos de la dictadura de César.*

**Amiano Marcelino, *Historia*, 22.16.13**





*Alejandro, 9 de noviembre del 48 a.C.*

En la gran Biblioteca, en la sala de los escribas, las plumas de ganso perfilaban medidos caracteres sobre hojas de pergamino. Manos jóvenes pero dotadas de indiscutible habilidad artística plasmaban con precisión letras y dibujos. Los dedos, guiados por la musa divina, se deslizaban con el rigor de la técnica y el impulso de la inspiración. El maestro copista Fércides observaba el trabajo, mientras caminaba despacio entre las mesas iluminadas por lámparas de aceite.

—Esforzaos al máximo, muchachos, y no dejéis que vuestra conciencia se pierda en el valle de Morpheo —repetía a los atareados discípulos—. Platón merece la mayor exactitud de la que seáis capaces; una palabra mal copiada puede alterar el mensaje de su filosofía.

Los jóvenes copistas no levantaron sus miradas de la tarea que les tenía ocupados, sólo alguna sonrisa se esbozó levemente en sus labios, pues sabían que se les avecinaba una arenga sobre los grandes hombres del pasado.

—Platón, Aristóteles, Heráclito, Pitágoras —continuó el maestro—, han dado a la Humanidad el mayor de los tesoros, más preciado que el oro o las piedras preciosas: nos regalaron su sabiduría. La esencia del esfuerzo humano por comprender el Cosmos está recogida en las frases que copiáis; es el don de Thot, la escritura, que permite perdurar el conocimiento.

—Maestro —se aventuró a interrumpir el joven Partenio—, nos gusta escucharte, sin duda, pero tus sabias indicaciones nos distraen; ter-

minaremos cometiendo más errores, y entonces sí que estropearemos la obra de los sabios que tanto alabas.

Ferécides, anciano ya, pero aún dueño de sus sentidos, reconoció lo acertado de las palabras del muchacho. Se detuvo para observarlos con cariño. Aquellos jóvenes eran su vida, más, quizá, que los libros que tanto amaba.

Absorto en sus reflexiones, contempló la luz de la sala, potenciada por espejos que multiplicaban la luminosidad de las lámparas de aceite. Fuera, los últimos momentos del día se fundían en un ocaso rojizo, que convertía las calmadas aguas del mar en un manto de seda carmesí. Muy cerca, los barcos de Roma se mecían en el puerto alejandrino.

—Calla, Partenio —le recriminó otro joven de tez morena—, no seas impertinente. Sigue a lo tuyo.

—Por eso lo hago, Niso —respondió Partenio amenazante—. No es la primera vez que hemos estropeado un pergamino y nos hemos visto obligados a repetir el trabajo de semanas.

—La culpa ha sido mía —interrumpió el maestro copista—. Partenio tiene razón, no debo romper el recogimiento que requiere vuestro trabajo.

Los dos jóvenes dirigieron de nuevo su atención a las hojas de papiro que tenían delante. Partenio pasaba sus dedos con extrema suavidad por los caracteres griegos de un diálogo platónico, y las palabras parecían saltar a su mente, llenándola de ideas arquetípicas y de razonamientos filosóficos que siempre le hacían pensar. Daba gracias a los dioses, porque era un privilegiado; ante él se presentaba día tras día la sabiduría de su pueblo.

Niso le observó de reojo y, antes de continuar con su trabajo, le susurró al oído.

—Me has dejado en ridículo. Ya te cogeré a la salida. Espero que no te cobijes bajo el regazo de tu madre.

—Sabes, Niso —replicó Partenio cansado de oír las amenazas de su compañero—, allí estaré; y no tengas cuidado, tendrás lo que te mereces.

—Ya está bien —intervino el maestro Ferécides cortante como una espada—. Dejad que la influencia de Eride se aleje de vosotros. Demasiadas disputas dividen y enfrentan a los hombres. Cleopatra y Ptolomeo luchan entre ellos por la sucesión, y tras estos muros se derrama la sangre. Mantengámonos hermanados en el conocimiento, sus lazos son más fuertes que los intereses económicos o territoriales, que la política y la religión.

—Sí, maestro, lo entendemos —respondieron casi a la vez Partenio y Niso.

—La luz solar se extingue —continuó el maestro volviendo en sí—. Por hoy nuestro trabajo ha concluido. Guardad los libros y papiros; lavad los pinceles y plumas, y limpiad las mesas.

Los jóvenes copistas se levantaron y se dispusieron a guardar los utensilios de trabajo. Enrollaron con sumo cuidado los pergaminos y situaron los libros en sus correspondientes estantes.

—Maestro —el joven Partenio llamó la atención de Ferécides—, llevo tiempo copiando el diálogo de Platón que me encomendaste, y no he podido evitar detenerme y reflexionar sobre sus palabras.

—Sé perfectamente cuál es el diálogo en el que trabajas, pero dime.

—Quisiera haceros una pregunta.

—Habla, tengo tiempo.

—¿Existió alguna vez Poseidonis?

El maestro copista suspiró. No era la primera vez que le preguntaban lo mismo, aquello era un lugar común; pero hizo un esfuerzo para parecer sorprendido.

—Bueno, Partenio, algunos piensan que el maestro utilizó metáforas como vehículo de sus ideas. Para estos, tanto en el *Critias* como en la *República* y el *Timeo*, el gran filósofo pretendió mostrar una ciudad ideal y asentar los principios que deberían regirla. Sin embargo, otros afirman que Poseidonis existió y que, tal como cuenta, su historia le fue revelada por los sacerdotes de Sais, directamente o a través de Solón.

—¿Y qué pensáis, maestro? —preguntó de nuevo Partenio—. ¿Cuál es vuestra opinión?

—Poco importa mi opinión. Yo no soy sabio, sólo tengo buena memoria, como los libros. Lo importante es lo que penséis, lo que descubráis vosotros. Pero entre tú y yo —el maestro bajó la voz—, creo que existió y que todo lo que cuenta es verdad. Pero otro día le dedicaremos más tiempo, ya es tarde.

Un inmenso tapiz de seda se mecía acariciado por el aire cálido que se filtraba por la ventana de la sala; un viento demasiado caliente para la estación del año en la que se encontraban, aunque nadie se había percatado. La mayoría de los copistas se marcharon antes de que sucediera lo inevitable.

En el puerto, cobijados por las sombras de la noche, los barcos de Aquila avanzaban como fieras sigilosas. No muy lejos, la flota de Julio César descansaba amarrada a las boyas por fuertes maromas. En la bóveda celeste aparecían las primeras estrellas, mientras el sol se ocultaba definitivamente, con un último resplandor, sobre las aguas del puerto.

Una estela de fuego desgarró la oscuridad de la noche. La flecha surcó el aire buscando ávida su desprotegido objetivo. Como la mordedura de una cobra, clavó sus colmillos en las velas de los barcos de César. Un viento que parecía animado por genios avivó la llama y, al poco, el fuego se extendió, saltando de un barco a otro semejante a un ser vivo. Más flechas siguieron el camino dejado por la primera, y la flota romana se convirtió en una sucesión de piras funerarias que iluminaban la milenaria noche egipcia. Las cenizas se esparcieron por los edificios de alrededor como nieve negra, como una tormenta de oscuridad.

Gritos desesperados rompieron la calma del puerto y de los barrios cercanos a la Biblioteca. Los jóvenes que aún no se habían ido guardaron silencio durante unos segundos, clavados en sus puestos, y escucharon los gritos, cada vez más cercanos y más fuertes. Una palabra, la más temida en la gran Biblioteca, orgullo de Egipto y del mundo, resonó como un trueno, una palabra que nadie deseaba escuchar: ¡Fuego!

El maestro Ferécides reaccionó con rapidez. De pronto no parecía un anciano, sus miembros recobraron el brío de la juventud o la fuerza de la desesperación.

—¡Vamos, rápido! Coged los libros que podáis y dirigíos hacia la salida. Guardad la calma, pero no os distraigáis ni un segundo. Intentad llegar a los atrios, allí estaréis seguros.

El anciano amaba los libros con toda su alma. Su corazón, decía a menudo, era de papiro, y por sus venas corría tinta. Se había iniciado en el arte y la ciencia de escriba desde muy niño, y se vió obligado a renunciar a muchas metas y placeres, entre ellos el de formar una familia. Pero también había descubierto que quería a sus jóvenes aprendices como si fueran los hijos que nunca tuvo, y los adoraba más que a sus libros. Por eso su primer pensamiento fue para ellos, quería ponerlos a salvo.

Algunos muchachos obedecieron sus tajantes órdenes; otros, sin embargo, se quedaron petrificados por el pánico; los menos, desoyendo sus indicaciones, empezaron a correr despavoridos. Pero casi todos llevaban algún papiro consigo, el que copiaban o el que pudieron coger en un acto desesperado. Dos o tres jóvenes cargaban más libros de lo que podían soportar sus brazos.

Entonces, como si un huracán arrastrara las hojas secas de los árboles, el edificio se sumió en el caos.

Niso y Partenio se quedaron rezagados analizando la situación. Pensaron en saltar por la ventana, pero una caída desde aquella altura podía

matarlos. El fuego, observaron, aún no tenía mucha fuerza, y era muy posible que les diera un margen para poder escapar. Ferécides se dio cuenta de que aún no habían reaccionado y retrocedió por la sala en su auxilio.

—Vamos —les recriminó—. ¿A qué esperáis? No es momento de probar si tenéis un dios de vuestra parte. Seguidme, no perdáis más tiempo.

—¡Espere, maestro! —gritó Niso elevando la voz sobre el griterío reinante—. He de salvar el poema de Pentaur.

—Peor es perder la vida —insistió Ferécides con amargura en los labios—. Seguro que el mundo no se detendrá si el poema sobre la batalla de Qadesh se convierte en cenizas. Además, de todos los libros hay varias copias en lugar seguro.

Aun así, el joven no pudo evitar agarrar con fuerza el papiro; algo superior a él mismo le instaba a conservarlo.

—Niso, por los dioses —exclamó Partenio—, debemos salir de aquí. En poco tiempo todo estará ardiendo.

Cuando se dispusieron a continuar la marcha, los tres se habían quedado solos. Fuera se escuchaban gritos, ruidos, estrépitos, como si un terremoto devastara Alejandría. Intentaron acceder a un pasillo cercano, pero el maestro les detuvo antes de llegar.

—Esperad un momento —ordenó Ferécides mientras observaba el corredor con precaución, como si intuyera que una fiera salvaje les acechaba, presta a devorarlos.

Y así fue. Semejante a una hidra de cien cabezas, las llamas surgieron de pronto, siseantes, corriendo por las paredes, prendiendo los tapices de brocados de oro y los muebles de acacia, buscando los indefensos libros de papiro y pergamino con ansia insaciable. Se aproximaban hasta ellos y nada podía detener su avance; los objetos, en vez de obstáculos, eran su alimento. Con el fuego cabalgaban los dioses Espanto y Pánico.

—Por aquí es imposible continuar —dijo el anciano—. Busquemos otra salida.

Ni Partenio ni Niso contestaron. Ante la visión del fuego, sus corazones se llenaron de congoja. Sólo las ordenes tajantes del maestro les sacaron de su actitud petrificada. Casi a empujones logró encaminarlos hacía un pasillo lateral, por el que avanzaron hasta acceder a una sala espléndidamente decorada, aún intacta. El maestro sabía que tras ella encontrarían otra puerta, y que ésta les llevaría a un nuevo pasillo. Si conseguían alcanzar las escaleras que se escondían en el otro extremo, quizá podrían salir del edificio indemnes.

Entraron con precaución en la estancia y la cruzaron sin dificultad; se mostraba oscura y amenazante, pero sin fuego. Un resquicio de claridad surgía como un siniestro cuchillo bajo el marco de la puerta que tenían delante. ¿Era la luz de las lámparas que colgaban en las paredes de los pasillos o algo mucho peor?

Al franquear el umbral de la puerta maldijeron su suerte. Un haz de fuego corría hacia ellos desde el final de la galería, y sus rostros notaron el cálido y mortal aliento de las llamas.

—No os separéis de mi —ordenó el maestro—. Intentaremos llegar a la escalera. Aún tenemos tiempo. Cuando yo os lo diga, corred. Esperad mi orden.

Los jóvenes asintieron mientras apretaban las obras contra sus agitados pechos. Ambos se miraron y sus ojos hablaron sin palabras. A pesar de sus continuas disputas, quizá habrían podido ser amigos, quizá el amor compartido por los libros hubiera triunfado sobre sus diferencias, pero también, quizá, habría tiempo para intentarlo más tarde.

Las llamas producían extraños juegos de luz y de sombras, que transformaban sus rostros como las máscaras de los actores en los teatros. Sabían que el momento definitivo se acercaba y con él, seguramente, el fin de sus vidas.

—¡Vamos! —gritó Ferécides—, rezad para que los dioses guíen nuestros pasos.

Se lanzaron a la carrera, en dirección a las mismas fauces del infierno.

—Maestro —susurró Niso asustado—, creo que no lo vamos a conseguir, las llamas están por todas partes.

El pasillo parecía el horno de la fragua de Hephaistos.

—Es cierto. Por ahí no podemos pasar —aceptó a su pesar el anciano, tosiendo con violentos espasmos—. Pero aún tenemos otra posibilidad. Hay una pequeña escalera aquí detrás.

—Conocemos esa escalera —aseguró Niso.

—Aunque también sabemos que no llega al exterior —puntualizó Partenio.

El maestro se quedó algo sorprendido. La escalera y el lugar a donde conducía eran o debían ser secretos.

—No pretendo ir al exterior —contestó al fin Ferécides—. Bajo el mármol y el granito de la Biblioteca, ocultas a ojos extraños, existen unas salas construidas en el interior de la tierra, conectadas con cuevas y pasadizos artificiales. Al final de esa escalera se encuentra una pequeña trampilla de madera. Tras ella un túnel os llevará directamente

a las estancias subterráneas. Depositad allí los libros y esperad a que todo termine.

—Maestro —dijo Partenio, que adivinó las intenciones del anciano—, llegaremos los tres, seguro. Debéis esforzaros un poco más. Apoyaos en mí.

—Hemos de darnos prisa —cortó Niso—. Si no nos dejamos de cháchara cenaremos con Anubis.

Armándose de valor, se dispusieron a retroceder para intentar alcanzar la escalera secreta, pero cuando cruzaron la sala invadida por las llamas, algo terrible sucedió: Las debilitadas vigas del techo se desplomaron y la desgracia hizo que el desprendimiento separara a los dos jóvenes de su maestro que, impotente, se quedó aislado ante el incendio.

—¡Seguid adelante! —gritó Ferécides a través del muro ardiente que los separaba—. Descended por la escalera y buscad la puerta. Horus la protege, detrás se encuentra vuestra salvación.

—¡No, maestro, no le abandonaremos! —respondió Partenio inútilmente, mientras sus palabras ardían consumidas por el fragor infernal que les rodeaba.

Un espectáculo horroroso se escenificó ante ellos, algo que nunca podrían olvidar, si salían vivos de allí. Las llamas abrazaron a Ferécides y se aferraron a su ropa y su piel; apenas podía avanzar. Su cuerpo lacerado y moribundo se golpeaba contra las paredes, mientras sujetaba, como si de un asidero se tratara, las páginas de varios libros que ardían con él.

Los jóvenes copistas emitieron un grito de impotencia que no pudo proteger al anciano. Sólo pudieron ver, llenos de horror, su desesperada huida intentando escapar de aquel infierno. Contemplaron estupefactos a la muerte de llameantes alas que se le echaba encima. Ferécides avanzó aún unos pasos, antes de caer definitivamente muerto sobre el suelo ardiente. Era el fin, su maestro yacía consumiéndose por la furia del fuego y ellos se encontraban solos. Debían seguir las últimas indicaciones de su mentor y buscar la escalera secreta.

Avanzaron hacia su incierto destino. El techo se caía a pedazos; vigas ardiendo, tapices quemados, y el humo envolviéndolo todo como la sombra de la muerte. Se encontraban a escasos metros de su objetivo, cuando un trozo de pared se desprendió y golpeó a Partenio derrumbándolo como a un muñeco de trapo.

El joven se quedó tendido en el mármol del pasillo. Apenas podía mantenerse consciente; el golpe le había aturdido y el humo apenas le deja-

ba respirar. En pocos instantes, pensó resignado, estaría junto a su maestro en la orilla del Leteo. Cerró los ojos dispuesto a emprender el viaje. Entonces escuchó una voz que le llamaba desde un lugar incierto.

—Partenio, despierta. No te rindas —era Niso que, arrodillado a su lado, se esforzaba por incorporarle—. Venga, tenemos deudas pendientes, ¿recuerdas? No me quites la satisfacción de golpear con mis puños tu fea cara de nubio.

Con la ayuda de su compañero, Partenio logró incorporarse. Pasó su brazo por el hombro de Niso y continuó avanzando huyendo de las llamas. Tres pasos después sobrevino de nuevo la tragedia.

El suelo del pasillo se deshizo como un castillo de arena arrastrado por la marea. La superficie de mármol cedió, hundiéndose hacia los pisos inferiores. Parecía como si el abismo quisiera engullirles. Niso, con un supremo esfuerzo, empujó a Partenio con todas sus fuerzas hacia el suelo aún indemne; las hojas del poema de Pentaur volaron desperdigándose entre las llamas, que las consumieron sin piedad. Al mismo tiempo, Partenio se giró e intentó coger a Niso, que se precipitaba al vacío, pero sus dedos apenas se rozaron. Les pareció que el tiempo se había congelado. Sus miradas se encontraron de nuevo, como había ocurrido otras veces en ese fatídico día. Partenio, a salvo, supo que el alma de Niso ya volaba hacia el Sol. Si no se hubiera detenido para ayudarle seguiría con vida, y él sería el que la habría perdido. Se había sacrificado por salvarle.

Pero debía continuar, por su maestro, por Niso, por los pergaminos que aún llevaba consigo.

La escalera se encontraba, como dijo su maestro Ferécides, custodiada por la imagen sagrada de Horus, el dios halcón. El fuego todavía no había alcanzado aquel lugar, por lo que pudo descender sin riesgo.

Partenio miró a su espalda, en la oscuridad aún se distinguían los destellos rojizos del incendio, mientras una leve bruma quería alzarse y perseguirle hasta el Hades. Sombras evanescentes giraban a su alrededor como espectros; sin embargo, la pesadilla parecía haber quedado atrás. Frente a él, una escalera descendía hacia las profundidades y el silencio. El caos dio paso a una tranquilidad inquietante, y el dolor comenzó a aflorar. Hasta el momento no se había dado cuenta, pero tenía quemada gran parte de su cuerpo.

Descendió con dificultad por los desgastados peldaños, hasta que se encontró con una rudimentaria puerta de madera, de aparente insignificancia. Detrás una nueva escalera circular se internaba en el interior de la

tierra. Avanzó por ella envuelto por una oscuridad opresiva en la que parecían pulular decenas de demonios infernales. Entonces entró en una sala rectangular en la que dos pequeñas antorchas ardían tenues, a ambos lados de una puerta decorada con motivos helénicos. El umbral se encontraba abierto, así que lo cruzó.

Dentro, una nueva sala de grandes proporciones se abría ante él, iluminada por lámparas; se encontraba repleta de libros y manuscritos. Adornando las paredes se revelaban esculturas como el joven jamás había contemplado. Pudo distinguir las representaciones de algunos dioses griegos y egipcios, contempló los ojos pétreos de Osiris, Horus y Hermes. Vio el rostro severo de Ares y, junto a ellos, junto a los que conocía, se hallaban otros dioses a los que nunca antes había visto.

Un bajorrelieve franqueaba la sala. Homero, entre las representaciones de sus epopeyas, examinaba impasible y eterno el tesoro que yacía a su alrededor. Cerca del poeta ciego pudo contemplar a Cronos, el Tiempo, y a su lado a Ecumene, la Tierra habitada, ambos consagrando la magnificencia del Aedo inmortal.

Y él se encontraba solo en las salas que cobijaban el mayor legado de los dioses a los hombres: Conocimiento.

Ahora debía esperar. Pasarían horas antes de que las llamas fueran apagadas y el incendio quedase extinguido; antes de que pudiera salir, recoger y velar los cuerpos de sus amigos. Se dejó caer en el suelo, agotado, mientras todavía sujetaba el libro de Platón que había salvado de las llamas, el *Critias*.

Abrió el libro, acarició las páginas con cariño y comenzó a leer las palabras del sabio ateniense. A su mente acudieron las imágenes del declive y hundimiento de una civilización lejana en el tiempo, la destrucción de una cultura que se parecía a la de su querida Alejandría, a su Biblioteca. Fuego y Agua. Agua y Fuego. Después del olvido, quedaba el Mito.





# EN BUSCA DEL MISTERIO

---

*Sin embargo, éste fue el comienzo de los mayores bienes para él y para el mundo. Porque allí permanecía oculta [en Nicomedia] una chispa del arte adivinatorio que a duras penas había escapado de las manos de los impíos [cristianos]. Gracias a ésta tuviste [Juliano] la oportunidad de rastrear por vez primera lo oculto y, subyugado por los oráculos, pudiste refrenar tu vehemente odio contra los dioses.*

**Libanio, Discurso de Bienvenida a Juliano, 11**





### *Nicomedia, 338 d.C.*

La pasada noche Juliano tuvo un sueño. Se erguía en lo alto de una cumbre de granito y pizarra, por encima de las nubes que anillaban los más altos montes. El bullicio de los mercados, los gritos de los vendedores y de los niños jugando, se habían acallado; sólo algunos riachuelos, la caída de alguna roca, o el seco ruido de las masas heladas al agrietarse, llevado por el eco de montaña en montaña, rompían con su sonoridad el silencio reinante.

Subía por abruptas laderas, acompañado por una tenue llovizna que reflejaba mil destellos sobre la superficie de las piedras y las hojas de los árboles. Una sublime belleza le rodeaba.

De repente unas águilas reales de cuello blanco aparecieron a su izquierda, elevándose por encima de las nubes, para después lanzarse casi en picado. Luego volvieron a elevarse a las alturas, pero cuando casi se habían perdido en la distancia, una de ellas dio la vuelta y se posó en un peñasco cerca de él. Agitó parsimoniosamente las alas, movió su cabeza de blancas plumas de un lado a otro y, sin previo aviso, se quedó inmóvil y fijó la acerada mirada en sus ojos.

De su pico curvado surgió una voz:

Juliano, ahora estás muy cerca de los dioses. Aquí, en lo alto, tienen su morada y no les gusta que los mortales les contemplen. Las Furias fatales se

vengan de quienes las desafían. Baja la ladera de la montaña sagrada hasta que llegues a los valles, sal del mundo de los sueños; todavía no has sido llamado. Los dioses están molestos, dolidos profundamente por los actos de los hombres. ¡Marcha ya, Juliano! No regreses hasta que consigas que los númenes vuelvan a ser adorados, como hicieron siempre tus ancestros. Los lares te contemplan impasibles desde sus hogares.

Después de decir esto, el águila alzó el vuelo con un poderoso batir de alas, uniéndose a sus compañeras que esperaban en lo alto, y luego desaparecieron en la distancia.

Asustado por la advertencia y aún sumido en el sueño, Juliano descendió por la ladera, mientras las rocas se transformaban en los ornamentados suelos de mármol de un palacio que no tardó en reconocer. Por los ventanales se contemplaban los últimos rayos de luz de Helios, su dios, que desaparecía en el horizonte.

Ahora se encontraba en el palacio de Constantinopla, capital oriental del imperio, y volvía a rememorar aquella noche que, una y otra vez, llenaba sus sueños con horribles pesadillas. De nuevo los guardias avanzaron con sigilo, recorriendo con pasos raudos pero silenciosos los solitarios corredores que conducían a los aposentos de la familia real. La orden criminal del emperador Constancio, su primo, estaba a punto de cumplirse: el asesinato de todos y cada uno de los que consideraba, en sus enfermizos temores, como rivales, posibles usurpadores del trono que él, a su vez, había usurpado. Constancio, alabado como cristiano piadoso, ordenaba asesinar a sus hermanos, tíos y sobrinos.

Juliano veía, en su pesadilla, cómo entraban los soldados repentinamente en las habitaciones, y escuchaba los gritos de terror de los que dormitaban en plácidos sueños; sueños dentro de sueños. Las antorchas encendidas creaban un extraño efecto de sombras sangrientas. Las espadas cortas se levantaban una y otra vez, y silenciaban las súplicas de ancianos y niños con el filo del metal, ahogando los gritos que se apagaban en estertores agónicos. El suelo era un charco de sangre donde se retorcían sus familiares, rematados con hábiles y certeras cuchilladas. Al momento, los sonidos de dolor, miedo y muerte dieron paso a un sepulcral silencio. Los verdugos se marcharon, mientras que su hermano Galo y él se estrechaban con fuerza, llorando con lágrimas mudas de terror, ocultos tras unas espesas cortinas, sumidos en la agonía que sólo pueden sufrir dos niños aterrorizados.

En su sueño, como tantas otras veces, los guardias volvían. Los oía buscar por la habitación, mover camas y arcones, hasta que de un tirón abrían la cortina que los ocultaba; apenas distinguía sus figuras enmarcadas en la luz de las antorchas y el brillo mortal de sus espadas. En aquellos momentos siempre se paralizaba su pensamiento. Una mano se dirigía lentamente hacia ellos, acercándose cada vez más, y entonces gritaba el nombre de su hermano Galo.

Luego, repentinamente todo desaparecía y se esfumaba como suele ocurrir en los sueños.

Se despertó tembloroso, empapado en sudor, confuso, hasta que la voz de Mardonio, el eunuco de Escitia puesto a su servicio, que repetía su nombre una y otra vez, le hizo volver del mundo inteligible al mundo sensible.

—¿Otra pesadilla, joven Flavio? —sus palabras estaban cargadas de simpatía—. Digan lo que digan estos usurpadores cristianos, los sueños son mensajes de los dioses, debes escucharlos y, más aún, entenderlos. De los sueños dos puertas hay, dice el divino Homero, y diferente es la confianza que hay que otorgarles sobre los acontecimientos futuros.

El esclavo miraba al joven como un padre a un hijo. Había educado a su madre Basilina antaño, y ahora lo educaba él en la tradición clásica, pero a escondidas, para no ser descubiertos por sus tutores cristianos.

—Te he traído más libros. Ocúltalos si no quieres que nos castiguen a los dos.

—Gracias Mardonio. ¿Qué haría sin ti? —el joven se puso tierno con el escita.

—Nada, seguro. Pero oculta los libros, un día descubrirán tu truco. Apresúrate, que dentro de un momento vendrá ese obispo suspicaz. Luego nos vemos.

Juliano era un joven de mediana estatura, de cuerpo esbelto según el canon griego, pero de anchas espaldas, como Platón. Su rostro, semejante a un Apolo de Praxíteles, con frente ancha y nariz recta, estaba sembrado por una barba que no parecía querer crecer y un pelo moreno ensortijado; pero por encima de su apariencia varonil y aristocrática destacaban unos ojos verdes como el mar, que le daban un toque melancólico.

Mientras el joven se levantaba, aseaba y vestía solo, pese a su alcurnia, a su sangre, siguiendo las directrices de la educación que su primo Constancio le había impuesto, sintió de nuevo la tenaza de la esclavitud, de la falta de libertad.

Los filósofos que frecuentaba en secreto afirmaban que el cuerpo es la cárcel del alma inmortal, pero en su caso, su vida era cárcel sobre cárcel; cárcel dorada, sí, pero no menos constreñidora de sus anhelos. Los azares del destino habían permitido que él y su hermano Galo sobrevivieran a las purgas dinásticas de Constancio, pero tal vez hubiera preferido la muerte a la vida enclaustrada a la que era sometido, a causa de los miedos del monarca. Su único soplo de libertad se lo proporcionaban sus estudios y los libros.

En uno de sus viajes a Constantinopla, permitido por el Emperador, había recibido clases del gramático Nicocles y del retórico Hecbolio; pero había sido en la misma Nicomedia donde había descubierto a Libanio, un famoso rétor. Pronto superó al maestro, llevado por su ansia insaciable. Siempre buscaba nuevas fuentes de sabiduría donde calmar su sed.

En secreto había asistido en Pérgamo a las clases de Edesio de Capadocia, recibiendo de su lúcido verbo las lecciones neoplatónicas de Plotino, Porfirio y, sobre todo, Jámblico. Edesio era un filósofo reconocido, pero su esposa, Sosípatra, competía con él en cuanto a conocimiento y dialéctica, y muchos la preferían a ella y sus exposiciones de la sabiduría tradicional; Juliano aún no la había visto.

Cuando no pudo seguir asistiendo a las disertaciones de Edesio, pedía que le pasaran las transcripciones de sus clases. Sin embargo, para Juliano todo aquello eran solo palabras, libros leídos por otros, enseñanzas indirectas. Él quería ver ejemplos, sabios auténticos, descubrir a los dioses y sus misterios, alcanzar el Mundo Ideal de Platón. Por eso, cuando pidió más, cuando exigió pruebas de la Teurgia, de la Magia, el mismo Edesio le habló de Máximo, el hierofante de Éfeso. Entonces sólo hubo una meta que alcanzar: conocer a ese hombre sabio.

En un mundo de límites y deberes, de intrigas y desconfianza, Juliano había logrado hacerse un hueco, un refugio casi inexpugnable que mantenía en secreto, y que ahora se abría a Máximo, el teúrgo. Según sus fuentes, más que un hombre culto, más que un filósofo: un iniciado, un místico, un ejemplo de lo que él quería ser. Pero para verlo debía eludir la perenne guardia impuesta por el Emperador, siempre suspicaz, temeroso de una conjura, de una traición.

—Vaya —afirmó con tono cargado de satisfacción el preceptor de Juliano, el obispo local Eusebio, que entraba en la estancia y se fijaba en el libro que reposaba en la cabecera de la cama del joven Juliano. Tocó la solapa con sus uñas teñidas de cinabrio—, veo que leéis el *Evangelio de San*

*Juan.* Vuestra elección me llena de gozo, seguro que en poco tiempo os lo aprenderéis de memoria, como los otros. Eudoxio estará muy satisfecho.

—Por supuesto, Eusebio —confirmó el joven—, me conozco vuestros libros sagrados mejor que vosotros mismos.

—¿Vuestros? Nuestros, Juliano, nuestros. La fe del Señor es la auténtica, y pertenece a todos los hombres. Sólo hay un Dios verdadero.

Juliano calló la impetuosa respuesta que nacía de su corazón apasionado. En cambio, decidió jugar con su preceptor, mientras apuraba su estoico desayuno.

—Pues ayer leí algo de Platón, y no me pareció tan malo ni equivocado. Alababa lo Bueno, lo Bello y lo Justo, en el hombre y en el Estado ideal. ¿Qué te parece?

El obispo se turbó cayendo fácilmente en la trampa del joven.

—¿Pero qué...? —sus palabras temblaron involuntariamente en su boca—. Debéis proteger vuestra alma de esas perniciosas influencias, no son más que halagos para los oídos, necedad, obra del diablo, y... ¿Quién os ha dejado ese texto maldito...? Seguro que ha sido ese esclavo que heredasteis de vuestra madre.

—Calmaos, viejo amigo —le dijo Juliano mostrando su jovial semblante, pero no pudiendo evitar unas gotas de amarga tristeza en su corazón—, es una broma. ¿Cómo voy a leer yo a Platón, ni a ninguno de esos autores inspirados por el demonio, que seguramente están ahora en el infierno?

—Sí, sí, seguro —repitió el obispo trazando la señal de la cruz sobre su pecho—, en el infierno...

Donde quisiera estar yo —pensó para sí Juliano—, con Platón, Aristóteles, Pitágoras, Heráclito, Homero, Hesiodo, Safo y tantos otros ¡Qué infierno más dulce! Aquiles, Licurgo, Pericles..., genios, héroes y dioses. ¡Qué mala compañía!

—Bueno, Eusebio, he de ir a la capilla a orar. Seguiré leyendo el *Evangelio*. Luego saldré de viaje, como ya sabes. Estaré fuera unos días.

—Id con Dios, y que los santos mártires Pedro y Pablo os protejan.

Juliano cogió el libro y salió al patio de la villa, que lucía un brillante color blanco, rodeado de laureles y olivos. En ella vivía vigilado por los espías y preceptores de su primo Constancio, decenas de soldados y eunucos. Luego se dirigió a la pequeña iglesia acondicionada en un pequeño tem-

plete dedicado años atrás a Hermes, el mensajero de los dioses, que ahora servía a la religión triunfante del Galileo.

Cuando cruzó su umbral y contempló de nuevo la mutilada casa del dios, despojada de sus estatuas, tapices, exvotos y riqueza, transformada en un lugar oscuro y lúgubre, no pudo evitar que las gotas de tristeza se convirtieran en un océano que ahogó su conciencia.

Pero debía esperar allí una hora, hasta que el esclavo con quien había planeado su viaje apareciera. Le traería ropa menos señorial y un caballo. Así podría ir a Pérgamo a entrevistarse con Máximo en la casa de Sosípatra, la neoplatónica discípula de Jámblico, a la que por fin conocería.

Ansioso pero conteniendo su arrebato, se sentó cerca del altar donde destacaba una rústica cruz de madera, abrió el *Evangelio de Juan* por una página ya marcada, y continuó la lectura. En el interior, había sustituido el texto del cuarto evangelista, por una de las más profundas obras del maestro de la Academia, el *Timeo*:

CRITIAS.— Lo haré, si también le parece al tercer compañero, Timeo.

TIMEO.— Claro que estoy de acuerdo.

CRITIAS.— Escucha, entonces, Sócrates, un relato muy extraño, pero absolutamente verdadero, tal como en una ocasión lo relataba Solón, el más sabio de los siete, que era pariente y muy amigo de mi bisabuelo Drópida, como él mismo afirma en muchos pasajes de su obra poética.

Juliano continuó leyendo las frases de Platón y, antes de darse cuenta ya entraba en la dimensión de las ideas y los arquetipos. A su alrededor había desaparecido todo, el mundo no existía, oculto tras las palabras llenas de sabiduría ancestral del maestro ateniense.



# RITOS DE OSCURIDAD

---

*Además, los poderes elementales, aplacados por diversos ritos, proporcionan a los mortales vaticinios que parecen proceder de regueros de fuentes eternas, vaticinios que, según se dice, están presididos por la diosa Themis, que recibe este nombre porque da a conocer lo que las leyes del destino tienen determinado para el futuro.*

**Amiano Marcelino, *Historia*, 21.1.8**





Juliano se levantó al alba temblando, no sabía si por el frío o por la excitación que le había producido la carta de Máximo. Avivó las brasas, que prácticamente se hallaban apagadas y permaneció un rato frente a ellas; sus pensamientos y las palabras de su maestro vagaban por su mente. Había pasado una noche desde la llegada del mensajero Dalmacio, una noche en la que apenas había podido dormir resolviendo los siguientes pasos que debía dar en la parte del plan de Máximo, que ahora descansaba sobre sus hombros.

Se acercó a la ventana y contempló los pálidos reflejos del amanecer en la superficie del Sena. El río, inmóvil, detenido en el tiempo, permitía en algunos puntos cruzar de una orilla a otra por puentes de madera. El día era frío, sin duda, pero no demasiado gracias el aire que llegaba desde el océano.

Llamó a Oribasio, su medico personal, y a Salustio, y les comunicó su idea de enviar un grupo de soldados a los Pirineos en busca de una gruta, sin facilitar demasiados datos. Les dijo que eran restos griegos o quizá más antiguos, a los que Máximo daba una gran importancia. Tanto Salustio como Oribasio conocían las enraizadas inquietudes mistericas que su maestro le había inculcado.

—Juliano —dijo Salustio—, si tan peligrosa es la misión, ¿por qué no realizamos antes un ritual de auspicio? Aún perdura en esta tierra la práctica de artes adivinatorias que en Roma se están olvidado. Aunque

apenas se prodigan y lo hacen a escondidas, sabemos que las tradiciones galas están muy arraigadas.

—Sí, Salustio, aunque preferiría no hacerlo, reconozco que tienes razón —respondió Juliano—. Es un momento idóneo, y nos aconsejará sobre nuestras futuras acciones. Por asuntos de menor importancia los augures practican sus artes, cuánto más en nuestro caso.

—He oído hablar de una mujer gala —añadió Oribasio—, de la que cuentan que puede entrar en contacto con los espíritus de la naturaleza y las fuerzas de la tierra, dicen que siempre acierta en sus profecías; también que cura de forma milagrosa. Ya que estamos en su tierra, tal vez los dioses sean más explícitos con ella.

—Id pues, amigos —contestó Juliano—, y prepararlo todo, es muy importante para mí.

Oribasio y Salustio, sin esperar ninguna otra indicación, se fueron diligentes a cumplir la orden.

Mientras esperaba en el jardín del palacio, Juliano ordenó sacrificar un cordero de piel blanca en honor a Cibeles. Sabía que los ritos acercaban a los hombres a la gran Madre de los Dioses, la diosa ancestral, símbolo de la vida y de todo lo que une a la verdadera naturaleza celeste. Desde que orase en su templo, junto a Sosípatra, sentía una devoción íntima con la diosa, a la que identificaba con la neoplatónica. Con el sacrificio quería condicionar el resultado de la predicción de la druida, quería dar a los Inmortales una víctima propiciatoria; aunque recordó las palabras de Máximo en su carta: *«Desde el principio de los tiempos el devenir de las cosas ya está escrito. No se puede cambiar el hado, sea oscuro o luminoso.»* Aunque eran palabras de su maestro, él no terminaba de creerlas, porque, si eran ciertas, ¿dónde quedaba la voluntad del hombre?

Por fin llegó Oribasio con la adivina. Al acercarse, la silueta de la mujer se recortó entre los rayos del sol del atardecer; su figura quedó en la sombra. Andaba despacio, delante de un pequeño cortejo de seis hombres que llevaban en sus hombros una litera donde descansaba el cadáver de un guerrero germano. Su presencia era imponente. De piel tersa como el marfil y manos delgadas de largos dedos. Los pies, pequeños, estaban descalzos, adornados solamente con algunos anillos y finas cadenas de oro que le recorrían los tobillos; era su manera de ponerse en contacto con la tierra que le daba el poder. El rostro se mostraba sereno, con rasgos suaves seme-

jantes a los de una niña. Sus ojos ciegos tenían las pupilas cubiertas con una niebla gris. Los cabellos pardos, tupidos y ensortijados, caían sueltos sobre los hombros, flotaban blandamente sobre su nuca. Vestía envuelta en un chal de lino de tonalidades cambiantes, sucesivamente blanco como el lirio, dorado como el azafrán, encarnado como la rosa. Se lo abrochaba a la espalda, pertrechada con un cinturón de bronce. También le impresionó vivamente un gran manto que ceñía su cuerpo, negro, de una oscuridad resplandeciente; pasaba de la cadera izquierda a la derecha como un escudo. Juliano quedó extasiado.

La druida se detuvo, se giró y alzó los brazos hacia el Sol. Luego se arrodilló y dejó que su frente tocara la tierra húmeda. Media docena de soldados habían depositado la litera con el cadáver en el suelo, delante de la mujer. Después, cuatro de ellos se marcharon obedeciendo las órdenes que les habían dado; quedaron dos, ambos de confianza. Durante unos momentos la druida permaneció inmóvil. Ninguno de los presentes desvió su mirada. Tanto Juliano como Oribasio, Salustio y los dos soldados, se mostraban expectantes. A lo lejos se oyeron los ladridos aterrorizados de un perro, que parecían el lamento de un demonio encadenado. De repente comenzó a oírse un leve murmullo. La mujer recitaba un encantamiento que sin duda era ya antiguo cuando el joven Homero deleitaba a los aqueos. Pronunciaba palabras cargadas de poder y energía para invocar a los dioses. Versos mágicos cantados con determinado ritmo vocal, que tan sólo conocían las arcanas tejedoras del Destino.

Al poco se incorporó, lentamente, acercándose al cuerpo sin vida del guerrero germano, caído en batalla en días pasados y elegido al azar por la adivina. En la palma de la mano de la mujer gala relucía con brillantes destellos una daga ritual, de hoja y empuñadura cobrizas. La alzó sobre su cabeza al tiempo que invocaba a Themis, emitiendo un grito agudo, la hizo descender sobre el pecho del guerrero caído, como si fuera la espada de un verdugo. Entonces se escuchó un golpe seco y un pequeño crujido, similar al que produce la madera podrida al romperse, y, después, imitando a un hábil carnicero, la druida desgarró el cuerpo inerte desde el pecho hasta el vientre.

Dejó a un lado la daga e introdujo ambas manos en las entrañas. No brotó sangre, sólo un horrible líquido oscuro y maloliente, más insoportable que el que ya de por sí emanaba el cadáver. Los presentes pudieron contemplar el hígado que sostenía en su mano izquierda, lleno de manchas, supurando pus amarillento. También había sobre él un tumor en forma de

extraña cabeza. Aquella visión fue espeluznante. Juliano pudo ver como un soldado se retiraba a un lado, llevándose rápidamente las manos a la boca.

La mujer se mantuvo en silencio durante varios minutos, que parecieron una eternidad, sosteniendo en sus manos las entrañas del guerrero, mientras el líquido oscuro resbalaba por sus pálidos brazos. Finalmente volvió a dejar los órganos extraídos en el cuerpo y, con un gesto imperativo, ordenó retirar el cadáver.

Sin que nadie la guiara, y sin vacilar ni un instante, la druida se acercó al César. Un simple gesto de Juliano detuvo a sus guardias, permitiendo que la mujer cumpliera su propósito. Caminó sin titubear y se detuvo a un par de metros. Sus ojos blancos sin pupilas parecieron quedarse clavados en los suyos. Él, que era gobernador de hombres y había sufrido terribles pruebas en los primeros grados de los misterios mitráicos en Pérgamo, sintió temor ante aquella joven de aspecto inquietante y frágil. Después de unos momentos, en los que parecía escudriñar los más ocultos pensamientos de Juliano, comenzó a hablar:

—Poco y mucho puedo decirte, César de Roma. El rito se ha cumplido, la diosa está satisfecha. Como siempre, ha hablado a su hija. Ha dicho que tus hombres seguramente caerán presa de una muerte atroz. Les envías a la perdición y no puedes hacer nada por evitarlo; nada se puede cambiar. Somos parte de un inmenso tapiz del que no se puede reemplazar ni el hilo más liviano. Es muy posible que tus soldados mueran; pero tienen que ir, pues todo tiene su sentido y su razón, como lo tiene cada hilo de la tela. Su sufrimiento será victoria, su muerte vida, su noche será un amanecer. Nadie los recordará como se recuerda a los césares, a los filósofos o a los héroes, pero la diosa ha dicho que sus actos pueden cambiar el devenir de la historia en el lejano futuro. Pero esto ni ella misma lo sabe, pues la respuesta se pierde más allá del tiempo. La diosa dice que entre tus soldados debe ir uno, al que llaman el Hijo del Lobo; lo demás vendrá solo, como el agua del río sigue su curso hacia el mar.

—Debo agradecer tus palabras —respondió Juliano—. Aunque sean palabras de muerte, debes ser sincera e interpretar los signos sin falsedad.

—Muchas veces lo que nos muestran los ritos no son sino enigmas dentro de enigmas.

—Gracias de nuevo, mujer —concluyó Juliano—, puedes marcharte.

—Antes escucha una última advertencia, César. Veo la luz del sol refulgiendo en tu futuro, pero también contemplo la noche cayendo sobre ti, como un manto de oscuridad. Devolverás los templos a los dioses. Erigirás

las estatuas que los representan sobre nuevos pedestales. Pero las columnas que sostienen los capiteles y las bóvedas son quebradizas como la porcelana.

Sin decir más palabras, la mujer dio la vuelta y se marchó en silencio, con sus pies acariciando la tierra, como si flotara sostenida por manos invisibles. El primero en hablar fue Oribasio.

—Muchas profecías para un solo día —ironizó para romper el estado de estupefacción en que se encontraban.

—Sí, muchas, y la mayoría terribles —añadió Salustio.

—Salustio —preguntó Juliano a su general y amigo—. ¿No es el capitán Marcos Octavio conocido entre los soldados como el Hijo del Lobo?

—Así es, mi señor.

Una simple mirada bastó, como siempre. Salustio era lento y parco en palabras, pero ágil y despierto de mente. Cuando le vio alejarse, el César no pudo evitar sonreír, preguntándose cómo Constancio le había designado su asesor militar. De no necesitar tanto la presencia y ayuda de Salustio, no habría dudado en enviarlo a la misión.

Mientras las llamas consumían el cadáver del germano en la pira, Juliano se quedó con los dos soldados de guardia, observando el crepitar de las lenguas de fuego. La druida había coincidido con su maestro Máximo en dos cosas, que la historia está escrita y que la misión era muy peligrosa. El peligro no le preocupaba, formaba parte de su forma de vida; la muerte había sido su fiel compañera desde la infancia. Pero que los hilos de la historia estuvieran engarzados desde el principio de los tiempos, le embargaba de un profundo pesimismo. Quizá, reflexionó, las advertencias son una prueba de los dioses. Ante la adversidad muchos hombres ceden, consideran que, si los dioses no quieren, ellos no deben seguir adelante. Pero había otros hombres que, a pesar de las dificultades colocadas por los Inmortales, avanzaban.

¿Qué son las dificultades? ¿Señales de los dioses para detenernos, o pruebas que hay que superar para alcanzar la victoria? Juliano pensaba que, al superarlas, precisamente, hacían al hombre más fuerte y capacitado. Únicamente los audaces conseguían el triunfo. Y él había nacido para restablecer el pacto de Roma con los dioses.



